

CASA CON SUSTANCIA

Carmen M^a García Chávez

"Dedicado a las personas cómplices de aventuras mágicas".

Índice

-CAPITULO I: <i>Un día cualquiera.....</i>	<i>3</i>
-CAPITULO II: <i>Estamos listos para ser auténticos.....</i>	<i>4</i>
-CAPITULO III: <i>La vida es la ciencia de la consciencia.....</i>	<i>6</i>
-CAPITULO IV: <i>El hábito entrena la virtud.....</i>	<i>11</i>
-CAPITULO V: <i>La rutina de la sencillez.....</i>	<i>14</i>
-CAPITULO VI: <i>Un plan para toda la vida.....</i>	<i>18</i>

CAPITULO I

Un día cualquiera

La casa siempre llamó la atención del barrio. Emanaba el misterio de una fortaleza ajena al ajetreo de la vida diaria. Como nadie conocía su historia, el pueblo alimentaba leyendas sobre brujería, conjuros y hechizos practicados en las entrañas de la vivienda. Los relatos mantenían alejados a los forasteros. La fachada vestía el verde de las enredaderas que tapizaban el pórtico. El tejado mantenía la inclinación a dos aguas, sin muestras de deterioro. Una poderosa puerta negra era la única entrada al tenebroso hogar, carente de ventanas. Era un lugar blindado al exterior, que lindaba por ambos laterales, con los muros de dos edificios de media altura y por la zona trasera, con un solar deshabitado, cuya vegetación crecía salvaje, descuidada y apenas separada del armazón externo. La parcela posterior conectaba con una acera sin tránsito ni alumbrado. El ajetreo se concentraba en la vía principal, donde los bloques colindantes enfocaban sus ventanas, al paso de peatones y vehículos varios.

Matilde soñó muchas veces con introducirse en el interior, aunque nunca se había acercado. Transitaba a diario la calle de la eterna puerta, cuando acudía a ayudar a los padres en el herbolario. La tienda estaba cerca y quizá la insistencia del recorrido habitual, cosechó la curiosidad hacia la edificación.

Cursaba los últimos meses de Trabajo Social y deseaba regalarse algo especial con motivo de la coronación universitaria. En ello pensaba cuando la profesora de servicios sociales sorprendió a la clase, con una petición inusual; aquella mañana solicitó la presentación de un proyecto complementario a la nota final de la asignatura. Mientras Dña. Asunción explicaba el propósito de la tarea requerida, Matilde subió a la terraza de su cabeza y asomada a los pensamientos, buscó algo que motivara al barrio en el que residía. Sonrió al darse cuenta de que el misterio de la casa aglutinaba al conjunto de la comunidad. -"*Cómo convertir la siniestra arquitectura en una propuesta de interés social*"; "*lo primero será eliminar la sensación de amenaza que late en el corazón del vecindario*". Se erizó al imaginarse entrando en aquel lugar enigmático y extraño. Además estaba la dificultad de acceder sin ser vista. - *Demasiados problemas*-sentenció. El bullicio del aula marcó el final de la clase. Recogió y marchó caminando al domicilio, todavía ensimismada por la idea de traspasar aquel miedo colectivo.

Cuando Matilde llegó al hogar, la madre ponía el almuerzo sobre la mesa del comedor. El arroz basmati con verduras amenizó la charla sobre la jornada y al finalizar, los padres marcharon al herbolario. Matilde solía acudir a las ocho para la limpieza del

local, recuento de mercancía y cierre de caja. Aquella tarde inició el recorrido habitual decidida a fotografiar la fachada. Preparó la cámara del terminal justo antes de llegar y sin abandonar la calzada, redujo la velocidad para disparar una foto rápida y disimulada. Inmediatamente sintió como si hubiese apuntado al "rigor mortis" de un cadáver momificado. Apresuró la marcha y sólo cuando llegó a la tienda, se paró a observar la imagen capturada. La puerta acorazada estaba allí, tan oscura como inmóvil; agrandó el retrato con el zoom y observó con nitidez, el gran cerrojo insertado en el marco de madera. -"Tendría valor"...-.

Espiar a través de la cerradura le pareció demasiado peligroso, la presencia de vecinos en el entorno, podría generar la alarma de los padres. Llegó la noche con el cierre de la tienda y sin plan de aproximación.

De pronto, lo inesperado irrumpió con la caída del tendido de luz eléctrica y con la excusa de recoger un libro, abandonó el herbolario, haciendo caso omiso a la insensatez que le diagnosticaron.

CAPITULO II

Estamos listos para ser auténticos

Matilde salió a la calle, la gente usaba la lumbrera de los móviles para encaminar los pasos. El nerviosismo se apoderó del pueblo, así que aprovechó aquella situación para aproximarse a la casa. Estimulada por los acontecimientos se presentó en el pórtico de la vivienda. Quedó quieta frente a la entrada, intentando escuchar los sonidos del interior. El griterío de los viandantes impedía la atención. Entonces volvió la iluminación ante el clamor popular y en un insensato golpe de efecto, empujó la puerta para impactar entre miradas curiosas.

El umbral cerró a su espalda, abatiendo la luz pública. Un enorme candil brillaba como la navidad, en la esquina del espacio sin adornar. Su vista recorrió con rapidez las paredes blancas, libres de objetos decorativos, posándose en el arcón cobrizo como único mueble del lugar.

Los ojos de tres personas le cayeron encima, expectantes por la repentina aparición. Matilde notó el temblor de las rodillas, preocupada por el devenir de la situación. La mujer del extraño grupo se incorporó del suelo, sacó un cojín del baúl cercano y la invitó a sentarse. Ella accedió sigilosa, desplomando el cuerpo sobre la espuma redondeada. Los presentes formaban un círculo de silencio. La proximidad le permitió observar los rostros de aquellos desconocidos. Había un señor con barba y pelo cano a su derecha y un chico de piel tostada al lado de la mujer. Todos transmitían serenidad y sosiego, aunque el mutismo reinaba entre ellos. Matilde dejó transcurrir unos segundos más, hasta que decidió a comentar, "*creía que este lugar estaba deshabitado*". Nadie respondió. Tomó aire y resolvió reservarse. La quietud de los congregados fue haciendo mella en su interior. El corazón terminó por recuperar el latido y las piernas descansaron tranquilas sobre el cálido laminado del piso.

Matilde tenía la mirada fija en el suelo, cavilando sobre la enigmática reunión, cuando el leve sonido de una compuerta la sacó del trance. Alguien entró por el amplio hueco del fondo. Ante su asombro, un ciego con perro se aproximaba para unirse a los presentes.

- Hoy recibimos a una joven decidida y tenaz. Esperábamos a Mario y Dog para darte la bienvenida. Me llamo Adriana, encantada de conocerte-. El joven moreno continuó -soy Samuel-.

-Un placer, soy Héctor ¿cómo te llamas?-.

-Matilde. Llevo tiempo intrigada por este lugar y lo menos que esperaba era encontrarme con gente normal, me alegro que así sea-. La carcajada estalló en el grupo y contagió de alegría a Matilde.

-Somos un club poco común- añadió Adriana sonriente.

-¿Qué hacéis aquí?-.

-Nos reunimos para hablar; compartimos una sinergia que estimula nuestras vidas- respondió Mario.

-¿Sólo charlais?- La risa volvió a irrumpir entre los congregados, ante el estupor de Matilde.

-Cada uno te contará la historia que lo trajo aquí, así entenderás nuestros encuentros; ¿podrás venir los viernes a las cinco?- propuso Adriana.

-Sí, me viene bien-.

-En adelante entra por la puerta trasera, evitarás ser descubierta. Preferimos el anonimato- comentó Héctor.

-Vale, ahora tengo que marcharme, es tarde para mí- resolvió Matilde de pie.

-Te acompaño- afirmó Samuel-.

Al llegar al fondo de la habitación observó que la parte más alta de la pared mostraba la frase: "*estamos listos para ser auténticos*"; aquellas letras negras redondeadas llamaron su atención.

-Así vive tu consciencia; hablaremos de ello- mientras empujaba con suavidad la puerta de corredera blanca.

-Gracias-.

-A tí-.

Matilde se encontró de lleno con la imponente altura de la vegetación: arbustos leñosos y matorrales diversos servían de refugio al acceso secreto. Alumbrada por las estrellas consiguió salir de aquel laberinto salvaje y encaminarse calle abajo, hasta alcanzar el cruce con la vía de alumbrado público. El paseo hacia el hogar le permitió repasar los acontecimientos. La nueva situación requería un enfoque completamente distinto: allí no se practicaba brujería ni cultos oscuros. -"*Vaya timo, el lugar parecía una isla de paz en mitad del océano urbano*". Decidió guardar silencio sobre el fraude descubierto y entró en casa.

CAPITULO III

La vida es la ciencia de la consciencia

Pasó la semana ansiosa por la llegada del viernes. Quería conocer las razones de aquellas personas para conversar de incógnito, en un lugar tan pintoresco. Era un grupo extraño y enigmático, que emitía miradas francas, directas y cálidas. La rutina se

encargó de los días hasta la fecha señalada. A las cinco de la tarde impulsó la rotación del pórtico trasero. Allí estaba el joven de tez morena, sentado sobre el suelo laminado. El candil nutría el espacio.

-Bienvenida, elige un cojín y acomódate donde quieras-. Matilde abrió el baúl y seleccionó la espuma redondeada de la primera vez. Se colocó frente al chico. A su izquierda, pequeñas velas de diferentes colores acompañaban a un plato circular cubierto de arenilla dorada.

-¿Qué color te gustaría encender?-.

-Violeta-.

-Préndelo mientras dices tu nombre completo y aloja la luz sobre el cuenco de grava-.

-Buena onda; yo utilizaré el rojo-.

-¿De dónde eres?-.

-De Chile, hace tiempo que vivo en Canarias-.

-¿Por qué viniste?-.

Recibí al Teide en Chile, a través de las vacaciones de una compañera que estudiaba como yo, enfermería. La postal me dejó sin aliento. La sensación de hogar invadió mis sentidos y decidí viajar, pese a los delirios que me imputaron los familiares. Era la primera vez que volaba, estaba nervioso, aunque llegué al aeropuerto de La Laguna con facilidad, guiado por una fluidez inusual. Salí al exterior sin rumbo fijo, aguardando nuevas pistas.... llegó una guagua en tránsito hacia el Puerto de La Cruz y subí con la confianza absoluta de dirigirme al destino de mi peregrinaje. Me hospedé en la Plaza del Charco y estuve explorando la zona durante ocho días. Me enamoré del lugar. Recibí el atardecer del noveno día, sentado en la cafetería "Cayaya", cuando el chico de la mesa contigua me preguntó qué hacía allí, contesté que esperaba acontecimientos. Sonrió y comenzó a hablarme del Centro Residencial Santa Rita, explicando que el padre Antonio, sacerdote y gerente del asilo, ofrecía trabajo a emigrantes.

Una vez obtenida la dirección, me despedí del joven con agradecimiento. A la mañana siguiente tomé la guagua y me planté en la entrada del recinto asistencial. En el acceso consulté al primer señor que encontré sobre el padre Antonio; soy yo, me dijo. Enmudecí por la sorpresa. Nos miramos unos instantes, el tiempo suficiente para salir del estupor que sentía. Me preguntó si buscaba trabajo; afirmé que como sanitario y aclaré que estaba de vacaciones. Con resolución encargó la gestión del precontrato, acordando que regresaría con visado para trabajar. Salí con la oferta de empleo en la mano, bendiciendo la vida y la energía que la habita.

-Tremenda historia, parece imposible-.

-Y estamos empezando-.

-Continúa por favor-.

-Aproveché la semana que me quedaba para visitar el Teide y sus inmediaciones... un paraje hechizante. Entonces llegaron los carnavales, me cogió de sorpresa, en Chile no existen y me asusté bastante-.

-¿Te impresionan las máscaras?-

Fue meterme en esa marea humana disfrazada de alegría y el miedo me hizo correr sin destino. Acabé en el muelle, agradecido por la brisa del oleaje. Entonces sucedió otro hecho que cambió mi vida para siempre. Un señor mayor con barba y vestido de blanco se sentó a mi lado. No presté atención a cómo llegó; en ese momento, estaba intentando calmarme. Recuerdo que me miró con ojos de miel y comenzó a hablarme en un idioma que no se parecía a ninguna lengua conocida. Imaginé que era otro borracho alegre del carnaval, así que le contesté con seriedad: -no le entiendo caballero-. El hombre tomó unos minutos y me dijo en español -te localicé por tu aura; practico Reiki en el Teide- añadió. De dónde eres le pregunté y nuevamente, su respuesta se tornó incomprensible, el idioma extraño volvió a presentarse. Sentí que se marchaba y le pregunté si

volveríamos a vernos. Contestó que tal vez. Entonces escuché mi nombre; instintivamente, giré para identificar su procedencia. No había nadie y al regresar a la posición inicial, el visitante había desaparecido.

-Increíble; qué hiciste-.

-Correr, esta vez hacia un ciber, necesitaba averiguar sobre el Reiki-.

-Claro, claro...-.

-Es una práctica que armoniza el cuerpo físico y espiritual; así encontré a Rena, instructora de formación en Puerto de la Cruz. La llamé y justo comenzaba un curso a principios de abril... el tiempo necesario para regresar a Chile, ahorrar dinero, preparar la documentación y regresar a Tenerife para trabajar como sanitario. Mi vida era un baile sincronizado-.

-¿Vives en el Puerto de la Cruz?-

-Sí, trabajo como enfermero y ofrezco Reiki a los pacientes que trato. Ellos no lo saben, pero cuando siento que el aura presenta una descarga energética, coloco las manos sobre el chakra bloqueado y activo la sesión. Quedan encantados con "un masaje de esos"-.

-¿Te lo permiten?-

-Por supuesto, las evidencias comienzan a popularizarse-.

-¿Qué quieres decir?-

-Existen dos planos que se complementan: el material y el incorpóreo. El primero es el cuerpo y todo aquello que puedes tocar; el segundo obedece a las cosas que percibes por las sensaciones. Son dos realidades que convergen entre sí, mientras vives en la Tierra. Fíjate en cualquier fruta de la naturaleza, el centro representa lo físico y la pulpa que rodea la semilla lo trascendental. En mi caso, he aprendido a dejarme llevar por el mundo invisible, resulta más auténtico y sencillo-.

-¿Qué te impulsó a vivir así?-

-Durante una selección laboral, me preguntaron qué haría si estoy en urgencias y se presenta un amigo que necesita sangre...; contesté sin dudar que donaría el plasma necesario, entonces quedé automáticamente excluido del proceso. Fue una gran lección comprender que cuando estás trabajando no puedes convertirte

en paciente. Mas adelante entendí, que aquella situación era aplicable a cualquier circunstancia-.

-Qué interesante... estoy a punto de graduarme como Trabajadora Social, una actividad que deseo disfrutar, sin paternalismos-.

-El hábito de ocuparnos de lo ajeno para huir de lo propio es una adicción. Por eso dejé Chile, quise vivir a mi manera y sentí que en Tenerife podría hacerlo-.

-¿Y qué haces en esta casa?-.

-Me desplazo a la capital de forma semanal para compartir con el grupo. Una vez pasé por aquí y sentí el impulso irrefrenable de entrar, me introduje por la puerta trasera y encontré a Adriana. A partir de ahí conocí al resto y ahora somos una familia singular-.

La alarma del móvil resonó en el interior de la mochila. Eran las ocho de la noche y debía marchar al herbolario.

-Tengo que irme-.

-Espera, lee allí-.

Matilde miró hacia donde Samuel le indicaba y observó otra frase cautivadora: "*la vida es la ciencia de la consciencia*". Macerada por la luz del candil, la escritura embelezaba como el ocaso del atardecer. Respiró hondo con la intención de llevarse aquella sensación de plenitud.

-Eso parece tras escuchar el relato de tu viaje- comentó al incorporarse.

-Te acompaño-. Ambos llegaron a la puerta de corredera blanca.

-Gracias Samuel-.

-Hasta pronto Matilde-.

Cruzó la espesa selva y alcanzó el alumbrado público. Dirigió sus pasos hacia el herbolario, ensimismada por la biografía escuchada. Además estaba la intensidad que desprendía aquél chico de piel tostada, mirada noble y sonrisa radiante, que parecía indiferente a los asuntos terrenales, como si perteneciera a un lugar diferente... -"*al reino de las leyendas y los magos*"- rió, mientras accedía a la tienda de los padres.

CAPITULO IV

El hábito como virtud

Pasó la semana envuelta en el mundo mágico de Samuel, su historia le colmó el corazón de ilusión y esperanza. El viernes llegó volando. A las cinco de la tarde impulsó la rotación del pórtico trasero. Dog la recibió con entusiasmo y Mario la saludó entre tinieblas, sentado sobre el suelo laminado.

-Voy a encender el quinqué-.

-Por supuesto, estarás más cómoda-.

-¿Tienes algún resto visual?-.
-

-No, las cerillas están detrás del farol-.

-Vale, ya hay luz-. El labrador de pelaje cremoso se tendió junto a Mario y Matilde decidió colocar la espuma redondeada al lado de Dog. Los ojos grises de Mario miraban sin ver, a través del iris nublado y turbio, fácilmente distinguible.

-Dog es precioso-.

-Sí, me encanta la suavidad de la rubia melena. Hace años veía como tú, la diabetes que dejé sin tratar me provocó la ceguera-.

-¿Por qué?-.
-

Me abandoné, quería trascender, morir, marcharme; ya sabes, irme. Antes era un cementerio de recuerdos. No voy a contarte lo que ocurrió para que decidiera morir, todos tenemos situaciones dramáticas que el tiempo convierte en oportunidad. Lo entendí cuando toqué fondo; sin visión, el mundo se tornó distinto, vibrante, enigmático y genuino. La vida que encontré es toda una aventura, ya no me distraigo comparándome, juzgándome o culpándome, ahora vivo en

paz. En tu planeta, los ciegos se guían, consumiendo los días como topos colapsados por la luz artificial.

-¿Cómo percibes a la humanidad?-

-Sigue eligiendo estancarse. Trato a muchas personas en el room spa en el que trabajo como masajista. Los cuerpos susurran lamentos y quejas por vidas frustradas y repetidas, como las fichas de un tablero, donde parece que el juego está prescrito de antemano y resulta imposible cambiar las reglas y costumbres que lo rigen-

-Ser uno mismo genera mucho estrés, primero porque no sabes por dónde empezar y luego por terror a cambiar-

-Lo sé, fíjate hasta donde llegué antes de creer en mí. Tú tienes la oportunidad de partir desde otro lugar, sé que te sientes bella y querida, el timbre de tu voz denota seguridad y confianza. Entrar en esta casa demuestra ganas de profundizar, se requiere coraje para salir de lo obvio; sigue por ahí, no abandones el camino interno-

-Gracias, ése es el único viaje que me interesa, aunque confieso que a veces parece que el mundo transita en sentido opuesto. Ojalá yo recibiera las señales de Samuel, así resultaría imposible perderse-

-La comparación es una enfermedad que sané gracias a la ceguera, cerrar los ojos del mundo físico sirvió para dejar de confrontarme. Me desintoxiqué del personaje que creía ser, ahora estoy en construcción, avanzando hacia algo que no puedo etiquetar... simplemente soy-

-Ustedes parecen criaturas mágicas-

-Somos personas reales que tomamos una decisión irrevocable y el sol comenzó a brillar en nuestros corazones-

-Explicame eso, por favor-

Todos nos sentimos merecedores de más, algunos confían en la ciencia infusa y dejan que el azar se encargue. Otros piensan que el sacrificio les proveerá de tesoros varios. Lo cierto es que los extremos son variantes de la misma idea: la vida es algo ajeno, externo y arbitrario. Cuando te propones ser feliz, te alejas de ambas conjeturas y

*comienzas a tomar acción hacia lo que te aporta paz.
Entonces la vida se torna cercana, amorosa y fiable.*

-¿Cómo hago el cambio?-.

-Comienza por dar las gracias cuando te despiertas, algo tan sencillo influirá sobre la jornada. Desayuna sin prisas, elige alimentos que te aporten vitalidad y optimismo. Da igual a lo que te dediques, la prioridad es mantener la gratitud, por lo tanto, mantén la concentración. Permite que los demás tengan la razón, renuncia a impresionar, abandona la impaciencia y dedícate a percibir. Lo que resuena contigo guiará tus pasos-.

-¿Cómo actúo frente a quienes que me invaden?-.

-Limítalos con claridad, tranquilidad y firmeza. La constancia hará el resto-.

-Parece sencillo-.

-Con práctica adquirirás maestría. Mira a tu derecha: "*el hábito entrena la virtud*". Leyó lentamente, quería guardar aquella afirmación en su corazón, hasta que el Labrador se incorporó de imprevisto, sacándola del trance. Los ojos avellana y el pelaje cremoso le conferían el aspecto de un entrañable peluche. Escuchó la alarma del móvil en el interior de la mochila. Mario acarició a Dog, mientras Matilde detenía el aviso.

-Me voy, mis padres tienen un herbolario cercano y les ayudo a cerrar. Apago el candil. Muchas gracias, volveremos a vernos-.

-A tí-.

Abrió el pórtico trasero y salió al mundo, regocijada por la información obtenida. "*Si ese universo existía, ella podría acceder, igual que entró en la casa y abrir la puerta que había transformado las vidas de aquellas personas*". Mientras se dirigía al herbolario tomó el compromiso de no acumular excesiva carga emocional, premisa clave para sintonizar con el mundo habitado por Samuel y Mario.

Llegó a la tienda, distintas personas se arremolinaban frente a las plantas medicinales. El suave olor a incienso flotaba en el ambiente, llenando de plenitud la estancia. La madre asesoraba sobre los productos sin gluten a una señora del barrio. Un grupo se alineaba frente a la línea de caja. La señora agradeció la orientación y ocupó su lugar al final de la hilera de pago. Se quedó observado la fila "*la ley del intercambio*

es la alquimia de lo cotidiano; por eso el agradecimiento provee de abundancia a quien lo practica"-. Un raudal de humildad invadió sus sentidos. *"Gracias, gracias, gracias"-*

Comenzó la limpieza del local gratificada por las conclusiones alcanzadas. Llegó la noche con el cierre de la tienda y el inicio del recorrido habitual. Cruzaron tres calles abarrotadas de coches, ciclistas y peatones, hasta desembocar en la vía principal, donde un tranvía ligero, de velocidad moderada, desahogaba el tráfico de la calzada. Llegaron a las inmediaciones de la vieja edificación, que parecía sonreírle en privado, ofreciendo cobijo al extraordinario club de historias fascinantes. Matilde tenía motivos de sobra para encubrir aquel espacio abierto al cielo.

CAPITULO V

La rutina de la sencillez

El sábado llegó como un himno de esperanza. Despertó agradecida, desayunó con tranquilidad y encendió la mañana con música relajante. El efecto ambiental del sonido se unió a la luz del amanecer. Un rayo dorado se filtró por la ventana hasta alcanzar su cabellera, haciéndola sentir como la reina del templo corporal. La situación inspiró el recuerdo de la casa con paredes blancas, donde se percibía fluida y ágil.

La necesidad de recrear aquella sensación la llevó al armario y comenzó a deshacerse de ropa, calzado, bolsos y complementos que no utilizaba. La acumulación de camisas, pantalones, impermeables, gorros, zapatos, suecos, chanclas y botas le sorprendió. Los adornos para orejas, cuello, escote, pelo y manos, se mezclaban con pinturas de uñas, labios, ojos, cejas, mejillas, pestañas y cremas de diversos perfumes. Introdujo el ajuar en grandes bolsas de papel. Doce bultos color café quedaron atascados en el recibidor de la casa. Regresó al dormitorio y observó la estantería que crecía del suelo hasta rozar el techo, repleta de libros, apuntes, fotos y papeles. Vació el montón de recuerdos, entre polvo y cenizas de incienso. Apiló los manuales en cajas y colocó el mueble en el vestíbulo. Aprovechó para deshacerse del pequeño televisor. El portátil parecía crecer sobre el escritorio liso, llano y sin lastres. Descolgó cuadros, retratos y láminas. Deseaba vivir en el presente y las paredes blancas le ofrecían el marco para pintar su nueva realidad. Satisfecha por el trabajo realizado caminó hacia el rastro del barrio, dispuesta a donar el conglomerado de enseres a cambio de una rápida recogida a domicilio. *"Si mis padres aparecen antes de la hora prevista pueden convertir la ofrenda en una tormenta eléctrica"-*. Regresó en el furgón con dos trabajadores del

rastrillo, que efectuaron el desalojo como si de un incendio se tratara. Renovada por la situación, comenzó a limpiar, primero su cuarto y luego el resto de la casa.

Preparó la mesa y calentó el almuerzo, el timbre anunció la llegada de sus progenitores. Ambos mostraron satisfacción por el cordial recibimiento. Compartieron la comida y salió a caminar. Se llevó la cámara de fotos, dispuesta a encontrarse con la magia de la vida durante la ruta. La agitación de los coches frenaba durante el fin de semana. Recorrió las calles del vecindario hasta llegar al oleaje de la avenida marítima. Entregada al esplendor del cielo, regresó haciendo fotos a la naturaleza y su arquitectura.

Entró en el domicilio mientras la madre preguntaba por los cambios de la habitación y la localización de los enseres. Recordó la sugerencia de Mario sobre los límites claros aplicados con tranquilidad y firmeza. Respiró hondo y se encomendó al destino.

-He decidido simplificar mi vida-.

-¿Qué has hecho con el armario de estantes, el televisor y los cuadros?-. Matilde templó los nervios, si decía la verdad le caería una bronca descomunal, así que prefirió ahorrarse el conflicto; ahora priorizaba la paz-.

-Colaboro con el mercadillo de la universidad para costear el viaje de fin de carrera. Se me ocurrió que eran las únicas cosas que podrían interesar. Una amiga me ayudó con el traslado hacia el local donde se celebrará el saldo. Sobreviviré sin tele, el ordenador resulta más útil-.

-Espero que merezca la pena, te has desprendido de mucho-.

-Viviré con lo necesario-.

-Me parece bien-.

Se metió en el baño, cerró la puerta y tomó una bocanada de aire. El agua relajó su rostro. Había salvado la situación de momento. Ocupó el resto de la tarde en el ordenador, desinstalando aplicaciones para liberar espacio en el disco. El portátil terminó por recuperar la velocidad óptima de rendimiento. -"*Deseo que ocurra lo mismo conmigo*"-. Esa noche durmió al calor su nueva habitación.

La rutina se encargó de los días. Despertaba con agradecimiento, desayunaba con tranquilidad y evitaba cualquier conflicto que pudiera alejarla de aquella alegría

interna que inexplicablemente la habitaba. El viernes llegó volando. A las cinco de la tarde impulsó la rotación del pórtico trasero.

-Hola Héctor-.

-Bienvenida Matilde-.

-Me encantan los encuentros, ustedes inspiran mi vida...-. Comentó mientras se acomodaba el cojín.

-¿Cómo te sientes?-.

-Más auténtica; antes quería que la sociedad cambiara, ahora no tanto; ¿entiendes?-.

-Perfectamente, estás atesorando paz-.

-Me siento agradecida por lo que hay en mi vida y confiada por el futuro que vendrá-.

-Has descubierto que el miedo es una fantasía de la mente. Felicidades, no es fácil detectarlo, con el paquete de pensamientos que utilizamos a diario. Mi experiencia vital gira en torno a eso-.

-Cuéntame por favor.-

Nací en una familia dedicada a la agricultura. Además del cultivo de la tierra, ejercí de pastor de cabras, granjero y maestro quesero. Aprendí a convivir con los animales desde muy pequeño, a hablar con ellos, cuidarlos, honrar la naturaleza y su lenguaje. Con la adultez, cambié de profesión y me mudé a la metrópoli. Pese al entorno, observé que mi vida interior seguía siendo rural; es decir, visto de forma sencilla, consumo alimentos ecológicos, preparo mis comidas, camino a diario, voy dónde quiero estar, hablo cuando tengo algo que decir, tomo la noche para descansar y practico el silencio. Cuando me preguntan cómo me he adaptado al ambiente urbano, respondo que jamás quise convertirme en algo que no era, igual que cada animal se comporta según la especie a la que pertenece. Trato de alinearme con mi naturaleza; el mundo interior de cada uno, es la única medicina aplicable

al miedo. El temor nace de ignorar la singularidad que nos habita.

-¿Vivimos negándonos?-.

- Mi experiencia entre animales ha sido pura honestidad, mientras que las personas se comportan de otra forma-.

-¿Por qué se mienten?-.

-Temer al encuentro íntimo; convertirnos en seres reales significa dejar de seguir todo aquello que no lo es-.

- Por favor explícame eso con detalle-.

Muy bien, utilizaré el siguiente ejemplo: algunas cabras desarrollan embarazos psicológicos. Resulta gracioso observar sus síntomas, incluso paren, aunque evidentemente no existe nacimiento. Pues bien, nos ocurre lo mismo. Realizamos creaciones a nivel mental, que el cuerpo somatiza, aunque el resultado carezca de relación con lo que somos. La diferencia es que el animal muestra su estado emocional, mientras los humanos lo disfrazan, hasta cronificar.

- ¿Quieres decir que los animales tienen capacidad de crear?-.

- Por supuesto, cada uno a su nivel. Lo real nace del corazón, así se distingue lo auténtico-.

- ¿Cuál es el antídoto?-.

- Madurar. No somos entidades económicas; por lo tanto, la adaptación a nuestra naturaleza es lo primero y atrevernos a vivir desde la guía interna es lo segundo. El conocimiento de uno mismo se produce en el día a día, siendo personas antes de cualquier otra cosa y saliendo del modo automático, para que lo habitual deje de gobernarnos-.

- No quiero cambiar a los demás, pero me estresa la variedad de los estados de opinión-.

- Es fácil pastorear los miedos si sabes cómo hacerlo, te lo dice un cabrero-.

- Enseñame-.
- Conecta con tu espacio rural, vive desde la sencillez para que el miedo no domine tu vida-.
- ¿Me das unas pautas?-.
- Disfruta del silencio cada día, camina por la naturaleza, practica aquello que te hace feliz, relaciónate con quien te aporte armonía, observa lo que comes, escucha lo social sin entrar a valorar, márcate objetivos y sueña con ellos; la vida se encargará de los detalles-.
- ¿Qué haces cuándo te sientes mal?-.
- La hostilidad debe ser transitada a nivel individual; se trata de un peregrinaje hacia otra forma de vivir. Por eso practicar el silencio aporta serenidad, para que la coherencia vaya incorporándose a tus hábitos y finalmente, no haya oposición con lo que hay, sino oportunidad. La práctica traerá la maestría-.
- Gracias, lo haré-. Sonó la alarma del móvil. -Me voy, ayudo en el cierre diario de un herbolario cercano-.
- Perfecto, volveremos a vernos-.
- Eso espero, me siento increíblemente afortunada de haberles encontrado; estoy entusiasmada, jamás hubiera pensado que algo así podría sucederme-.
- Manifestaciones de una vida -.
- Pues sí, gracias otra vez-.
- A ti-.

Abrió el pórtico trasero y salió al mundo emocionada. Llegó a la tienda y el suave olor a incienso la llenó de plenitud. –“*Gracias, gracias, gracias*”- se dijo.

CAPITULO VI

Un plan para toda la vida

La rutina volvió a encargarse de los días. Incorporó unos minutos de silencio previos al desayuno, preparaba sus almuerzos y los consumía en las zonas verdes de la universidad, caminaba media hora diaria, estudiaba y cenaba ligero para dormir temprano y tomaba distancia de los conflictos de la mente. Llegó el viernes y fiel a su cita, impulsó la rotación del pórtico trasero.

El enorme candil brillaba en la esquina del espacio libre de objetos decorativos. Adriana y el arcón cobrizo eran las figuras del lugar.

- Bienvenida-. Sus ojos trasmitían seguridad.
- Estoy nerviosa-.
- Toma asiento, permite que tu cuerpo se relaje, sólo voy a contarte una historia-. Le dijo con amplia sonrisa.
- Soy toda oídos-.

De pequeña sabía que estaba de paso, en alguna misión que no podía recordar. Veía figuras de personas no físicas en mi entorno, hecho que incrementó la esperanza de mi rescate terrenal. Cuando acepté que nadie me alejaría del lugar, la rabia se apoderó de mis días y el aspecto externo fue la forma elegida para sacar parte del enfado que cargaba. Confeccionaba mi ropa, llevaba medias rotas, me crespaba el pelo, e incluso llegué a raparlo a tijeretazo limpio. Resulta evidente que estaba en guerra contra el planeta, las personas y los individuos no materiales que aparecían sin llamar. La adolescencia trajo consigo un amigo de carne y hueso que distrajo mi atención. Me enfoqué en la relación de intimidad que manteníamos y como no quería público entre nosotros, decidí dejar de ver a las personas sin fisicalidad. La relación finalizó al terminar la facultad. Yo quería sacar a la gente de su estado de analfabetismo existencial y él quería ejercer como político social.

En plena juventud, trabajé con personas que repetían una y otra vez, conductas y acciones que las alejaban del bienestar. Entonces llegó una propuesta política

inesperada que acepté. Pensé que ocupar un lugar como concejal, sería el sitio ideal para diseñar e implantar, medidas que brindaran contención emocional, frente al prototipo del “ideal social”. Así incursioné en un ambiente de consentida fechoría institucional. En aquél lugar, me convertí en una compañía fantasmal y pude darle utilidad, a la parte invisible de la vida.

Con la adultez, la sensación de estar en el planeta equivocado regresó; me preguntaba para qué había venido al encuentro con el mixto de contradicciones y variedad de voluntades en conflicto. El 24 de abril del 2003, el sol amaneció, el horizonte ocupó el lugar acostumbrado, la tarde apareció y las estrellas dejaron que su luz brillara en el silencio nocturno. La programación seguía el ritmo intacto de los acontecimientos, ajena al vacío existencial experimentado por la muerte de mi madre. A partir de ese momento, copié el modelo del planeta y me volqué en mi mundo interno.

- ¿El modelo del planeta?-.
- Igual que el satélite que habitamos, sigo el compás de mi propia musicalidad-.
- ¿El exterior no te afecta?-.
- No como antes, requiere práctica; es un plan para toda la vida-.
- ¿Cuándo y cómo practicas?-.
- En todo momento y lugar. Se trata de estar en continuo estado de observación, como si fueras un laboratorio. Con el tiempo, te darás cuenta de que creas lo que transmites y resulta emocionante contemplar tus propios acontecimientos, al margen de la experiencia de los demás; igual que la Tierra-.
- Entonces, no interferimos en el clima... qué fuerte-.
- Lo sé, es impactante asumir tus creaciones y muy liberador a la vez. La Tierra está en su propio proceso planetario-.
- ¿Qué ocurre con el espacio comunitario?-.

- Es una extensión para el encuentro con la variedad, en la que puedes estar desde el reposo, en coherencia con tu sentir individual-.
- ¿Cómo te relacionas con los demás desde ahí?-.
- Observándote y escuchándote, más que actuando y hablando-.
- Nadie nos enseña a convivir desde la singularidad-.
- Porque la evolución no es colectiva, sino individual. La consciencia subjetiva desea revelar su genialidad en el contexto social, sin dependencia emocional-.
- ¿La realidad virtual no es evolutiva?-.
- La ciencia sin consciencia, es sólo tecnología-.

Sonó la alarma del móvil.

- Tengo que marcharme- resolvió Matilde de pie.
- Te acompaño- afirmó Adriana.

Al llegar al fondo de la habitación, observó que la parte más alta de la pared mostraba una nueva frase: "*Al final todo es entre Tú y Dios nunca ha sido entre tú y ellos, de todos modos. María Teresa de Calcuta*"; aquellas letras negras redondeadas llamaron su atención.

-Ya sabes dónde encontrarnos- comentó Adriana, mientras empujaba con suavidad la puerta de corredera blanca.

-Gracias-.

-A tí-.

Matilde entró en la imponente altura de la vegetación: arbustos leñosos y matorrales diversos servían de refugio al acceso secreto. Alumbrada por las estrellas consiguió salir de aquel laberinto salvaje y encaminarse calle abajo, hasta alcanzar el cruce con el alumbrado. El paseo le permitió repasar los acontecimientos. Tengo *Un plan para toda la vida...* resolvió, mientras el incienso anunció la entrada al herbolario.